

**JAIME JARAMILLO ESCOBAR:  
UNA APROXIMACION AL DESEO**

*Mauricio Carrera*

El nadaísmo buscó en Colombia desacreditar una sociedad en donde la mentira estaba convertida en orden.<sup>1</sup> Sus armas: no los fusiles ni las granadas —como muchos otros jóvenes de su generación— sino la subversión intelectual, principalmente religiosa y literaria. Su objetivo: agitación de las conciencias o, para mejor englobarlo con la consabida frase, el *épater le bourgeois*, en versión colombiana. Un *épater* que se dirigía, por lo menos en un principio, no al mundo “cachaco” presumiblemente cosmopolita —¿no había Bogotá llegado a ser considerada la Atenas de América?— sino al cerrado y asfixiante entorno provinciano, conservador, folklórico, católico.

Es, después de todo, primero en Cali y luego en Medellín donde el nadaísmo surge. La fecha: 1958. Gonzalo Arango, a la sazón con veintiocho años de una vida caracterizada —según sus propias palabras<sup>2</sup>— por una inclinación a torcerlo todo, da a conocer su proclama inicial: el *Manifiesto Nadaísta*. Su conocimiento —poco o mucho— de las vanguardias artísticas de principios de siglo es más que evidente. El punto de partida, tal y como a su debida hora lo hicieron los futuristas, los surrealistas y los estridentistas, es un

- 
- 1 Gonzalo Arango, “Primer Manifiesto Nadaísta”, en *Obra Negra*. Bogotá: Plaza & Janés Editores, 1993, p. 22.
  - 2 En Armando Romero, *El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una vanguardia perdida*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Ediciones Pluma, fotocopia s/f, p. 35.

manifiesto que lo mismo funciona como parto que como programa de trabajo (¿estética, poética?) de lo que serán sus buenas (o malas) intenciones. En su caso, Arango no se queda atrás en cuanto a fines. Pide, nada más y nada menos, que “una revolución en la forma y en el contenido del orden espiritual imperante en Colombia”.<sup>3</sup> Su lucha —la definirá más claramente, años después, uno de sus seguidores— era en contra de una sociedad queapestaba “a cachuchas sudadas de regimiento”, “a sotanas sacrílegas de sacristía”, “a factorías que lanzaban por sus chimeneas el alma de sus obreros”, “al pésimo aliento de sus discursos”, “a cultura de universidad”, “a literatura rosa”, “a genocidio”, “a miserias”, “a mierda”.<sup>4</sup>

Esta enumeración es importante. Esconde, tras las metáforas y las alusiones directas, los blancos contra los que el nadaísmo disparó desde el principio sus flechas de poesía y narrativa y, en algunos casos, de mera explosión humorística y retórica. A saber: contra el ejército, los políticos, la burguesía, las causas de la pobreza y el subdesarrollo, la violencia que por varios años tiñó de sangre a la sociedad colombiana; pero, más que nada, en contra de la cultura académica (y, por lo mismo, oficial, anquilosada) y, acaso de manera más particular, en contra de la religión católica.

De esto último —lo señala orgullosamente el anecdotario nadaísta— hay un ejemplo más que claro: la airada protesta que el propio Arango elevó por la celebración del Congreso Nacional de Escritores Católicos, organizado por la curia en 1959. Arango, de nuevo a través de uno más de sus muchos manifiestos, no llamó a los participantes escritores sino “escribanos” y, al arremeter en su contra, les dijo: “ustedes no son dignos de venir a representar intereses del espíritu. Consideraremos, por simples razones de ética nadaísta, que en Colombia no se puede ser escritor y católico al mismo tiempo, porque lo uno repugna a lo otro. Ustedes son católicos porque no piensan, o no piensan porque son católicos, en los dos casos indica

---

3 Gonzalo Arango, *Manifiesto Nadaísta*, en Armando Romero, *op. cit.*, p. 36.

4 Mario, “El nadaísmo a la luz de las explosiones”, en *Magazine Dominical de El Espectador*, abril 16 de 1967, pp. 11-15. Cit. por J. G. Cobo Borda en *Poesía colombiana 1880-1980*. Universidad de Antioquia, Col. Literatura, Celeste 5, 1987, p. 194.

que ustedes son unos vejetes caducos y conformistas”,<sup>5</sup> para que luego terminara sentenciando: “congresistas católicos: / en nombre del Nadaísmo les impedimos defecarse una vez más en esta alcantarilla que se llama Colombia”.

La irreverencia, sin embargo, no era únicamente en contra de aquellos “escribanos” católicos. De hecho, el mencionado Congreso no fue sino un excelente pretexto para poder atacar y condenar, en su conjunto, a una esfera de mucho mayor peso e influencia: el catolicismo colombiano.

¿Qué nos han dado quinientos años de “pensamiento católico”?, se preguntaba en ese manifiesto el propio Arango. Y él mismo se respondía: “un pueblo miserable, ignorante, hambriento, servil, explotado, fetichista, criminal, bruto”; y agregaba: “ése es el producto de sus sermones sobre moral, de su metafísica bastarda, de su fe de carboneros, ustedes son los responsables de esta crisis que nos envilece y nos cubre de ignominia”.

Hoy, a varios años de distancia, caídos algunos tabúes y utopías —entre ellos la prohibición de que las mujeres entraran a las iglesias con la cabeza descubierta, por ejemplo—, este discurso es inocuo y no espanta a nadie. Pero a finales de la década de los cincuenta, no únicamente en la sociedad colombiana sino latinoamericana en su totalidad, las anteriores palabras —y muchas más que a lo largo de su vida escribieron Gonzalo Arango y otros nadaístas— invitaban a la lapidación o al linchamiento. El sacrilegio, después de todo, se antojaba mayúsculo. Iconoclasta, como dijimos, y también humorista e irónico para él mismo y su camarilla, el líder nadaísta —buen católico, después de todo, y, por lo mismo, con permiso de hacerlo— se solazaba en la herejía y en la blasfemia. Llamó hermafrodita a San Juan de la Cruz y lesbiana a Santa Teresa de Jesús; pidió disparar en contra de la paloma del Espíritu Santo, aseguró que Dios tenía quince días de no afeitarse, se puso del lado de Darwin, acusó a la iglesia de lo obvio: de aliarse con dictaduras militares y burguesas, le echó en cara sus promesas de paraísos y redenciones, la acusó de basar su

---

5 Gonzalo Arango, “Manifiesto al Congreso de Escribanos Católicos”, en *Obra Negra*. Cit. por J. G. Cobo Borda, *op. cit.*, p. 27.

moral en el terror a Satanás y, tras declarar que los nadaístas no eran católicos (y daba sus argumentos: "por respeto a nosotros mismos"), no dudaba en señalar: "basta de catolicismo".<sup>6</sup>

Tamaño desparpajo y osadía le valieron su ingreso a la cárcel de La Ladera, en Medellín; el enojo de las Ligas de la Decencia y, mucho más importante, la atención de otros escritores que —en su actitud rebelde e iconoclasta— encontraron la respuesta no sólo a muchas de sus inquietudes vitales y literarias, sino que no dudaron en seguirlo en la aventura de neovanguardia que proponía: la aventura nadaísta.

Entre esos escritores, acaso el más importante, se encuentra Jaime Jaramillo Escobar o X-504, como en un principio se dio a conocer en el mundo intelectual colombiano.<sup>7</sup>

Nacido en 1932, en Pueblorrico, Antioquia<sup>8</sup>, este poeta contaba con veintiséis años cuando Gonzalo Arango dio a conocer su primer manifiesto. Bien pronto, junto con Jota Mario, Alfredo Sánchez, Dukardo Hinestroza y otros escritores, formó parte de la célula nadaísta, versión caleña. Su anecdotario inicial incluye amenazas de actos sacrílegos —entre ellos el de comulgar y tirar las hostias al piso, tal como días antes otros seguidores del nadaísmo lo habían hecho en la Basílica de Medellín— y la publicación de hojas volantes anónimas que, bajo el título de *El Alacrán*, repartían "por calles y oficinas,

---

6 "Manifiesto al Congreso de Escribanos Católicos", en *Obra Negra*. Cit. por J. G. Cobo Borda, *op. cit.*, pp. 26-28.

7 Lo de X-504 "no puede decirse propiamente que se trata de un seudónimo", ha mencionado el propio Jaramillo Escobar, según cita de Armando Romero, en *op. cit.* p. 54. Se trata del número de su cédula de identidad. Un "número de presidiario", como llegó a considerarlo. Un "número que me corresponde, y que la sociedad me coloca para poder encontrarme fácilmente". "X-504 existe —agregaba, no sin ironía— para que Jaime Jaramillo Escobar pueda vivir libremente, sin el peso de la literatura y la admiración".

8 Hay aquí algunas imprecisiones. La fecha y el lugar de su nacimiento han sido registrados de manera diferente. Juan Gustavo Cobo Borda, por ejemplo, proporciona los datos apuntados arriba, *op. cit.*, p. 229. Luis Ma. Sánchez López, sin embargo, en el *Diccionario de escritores colombianos* (Bogotá: Plaza & Janés, 1985, p. 903) apunta su lugar de nacimiento como Pueblo Rico y la fecha como 1935 (p. 375). Fernando Arbeláez, por su parte, en *Panorama de la nueva poesía colombiana*, (Bogotá: Ediciones del Ministerio de Educación, 1964) da 1930 como fecha de nacimiento.

regando improprios e impugnaciones contra las altas autoridades eclesiásticas".<sup>9</sup>

Esta actitud, irreverente y sacrílega o, por ponerlo mejor, subversiva y rebelde contra la iglesia católica, no sólo la practicó en acciones como las mencionadas sino también en su propia obra poética.

Entre sus primeros poemas, algunos de ellos publicados en *13 poetas nadaístas* —la antología que el movimiento dio a conocer en 1963— y, posteriormente, en *Los poemas de la ofensa*, con los que en 1967 ganara el primer premio "Cassius Clay"<sup>10</sup> de poesía nadaísta, es posible percibir esa temática religiosa que se manifiesta lo mismo como influencia que como crítica o cuestionamiento de los valores católicos. Sus referencias bíblicas, en este sentido, son más que evidentes. En su "Apólogo del paraíso", por ejemplo, Jaramillo Escobar utiliza el tema de la serpiente, Adán, Eva y la manzana, no para reproducir el viejo mito sino para ponerlo en duda, ya que, como él dice, "podemos hacer siempre el paraíso alrededor de nosotros donde quiera que nos encontremos/ Para eso sólo se requiere estar desnudos"<sup>11</sup>. En otro de sus poemas, "El cuerpo", cuestiona la preeminencia del alma sobre la carne y hasta el dogma de la resurrección, al aconsejar, no sin macabra y justa ironía, "hazte amigo del sepulturero".<sup>12</sup> En sus versos lo mismo hay alusiones a "la espada del ángel vengador" que a "los ángeles en general, inclusive de siete brazos". Escribe sobre el "pavor del puñal entrando veloz como el rayo de Jehová en el becerro de oro" y sobre "el patriarca de Jerusalén". Se lee, en una alusión obvia al destino de Jesucristo: "lo mismo lo clavas a él en la cruz que a mí".<sup>13</sup> Por supuesto, en este universo poético, Dios y

---

9 Armando Romero, *op cit.* p. 41.

10 Luis María Sánchez López, *op. cit.*

11 "Apólogo del paraíso", en *Los poemas de la ofensa*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1968, p. 37.

12 "El cuerpo", en *Los poemas de la ofensa*, p. 46.

13 Los versos mencionados aparecen, respectivamente, en "Poeta con revólver" de *Los poemas de la ofensa*, p. 34; en "Diálogos de los intérpretes", p. 521; "Darío Vélez", p. 520, "Diálogo de los intérpretes", p. 520, en Fernando Arbeláez, *op. cit.*; y en "Poeta con revólver" del libro *Los poemas de la ofensa.*, p. 33.

el Diablo son también figuras eminentes: "Luzbel te reclama", señala en "Poeta con revólver"; mientras que en "Problemas de la estética contemporánea" informa: "Por el aire volaban dentelladas y entonces apareció el Diablo y me dijo: —"Te lo daría todo si postrado me adoraras"". Pero si el Diablo, como suele serlo, es una figura tentadora, Dios, por su parte, no es un Dios protector y, mucho menos, benigno. Más bien es un Dios cruel e insensible: "una estridente carcajada seguida de un profundo silencio". Un Dios que quizá no exista, como bien lo hace ver en "Diálogo de los intérpretes": "Ellos no habían podido comprender el problema de la existencia de Dios/ porque no habían podido penetrar su porqué: por qué es necesario que haya Dios". Pero, "[puesto] que el hombre es desgraciado, luego existe".<sup>14</sup>

Nadaísta al fin y al cabo, Jaramillo Escobar no hacía con estos poemas sino adherirse a la proclama que Gonzalo Arango hiciera desde su primer manifiesto: "No dejar una fe intacta, ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado".<sup>15</sup> Una actitud que no era gratuita sino producto de la muy especial circunstancia en que el nadaísmo se origina. No hay que olvidar que este movimiento es una respuesta a los, así llamados, "años de la violencia". Una etapa iniciada con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán,<sup>16</sup> que daría pie — recordaba García Márquez— a "un período de tres dictaduras sucesivas que aún están costando al país 200.000 muertos y el más grave

---

14 Arbeláez, *op cit.*, p. 521.

15 Gonzalo Arango, *Obra Negra*, p. 22.

16 Gonzalo Arango llegó a escribir: "Si Gaitán no hubiera muerto, yo no sería hoy Gonzalo Arango". Una frase que muchos otros jóvenes colombianos hubieran podido avalar, con sus propios nombres. Gaitán, a la sazón candidato presidencial colombiano, representaba por su carisma y bríos liberales, una esperanza de cambio para Colombia. Su muerte, ocurrida en lo que históricamente sería conocido como el "Bogotazo", hizo que el pueblo — recuerda García Márquez— se lanzara "a la calle en una demoledora explosión de cólera por el asesinato de su caudillo máximo". Gabriel García Márquez, "Mi hermano Fidel", en *Obra periodística Vol. 4, De Europa y América (1955-1960)*, recopilación y prólogo de Jacques Gilard, Barcelona: Bruguera, 1983, p. 615.

desajuste económico y social de toda su historia".<sup>17</sup> Incluso el recién instituido Frente Nacional, que había sido creado para frenar los crímenes políticos mediante la alternancia en el poder de liberales y conservadores, no era de hecho más que un pacto para hacer borrón y cuenta nueva de los excesos cometidos en aquellos años. La clase política tradicional se mantuvo en el poder y con ello las demás estructuras sociales.<sup>18</sup> Todo seguía igual, por lo que, cansados ante esta situación, "un grupo de jóvenes dejó su coca-cola a medio tomar para gritar: BASTA".<sup>19</sup> Estos jóvenes, es obvio, fueron los nadaístas. Los mismos nadaístas quienes, ante el silencio y anquilosamiento de una sociedad que no cambiaba, optaron por el parricidio intelectual, la irreverencia religiosa, la subversión, el escándalo.

"Somos geniales, locos y peligrosos", como, con no sin calculada ironía, los definió Gonzalo Arango.<sup>20</sup> Una actitud que gustó a Jaime Jaramillo Escobar, no sólo desde un punto de vista vital y religioso sino también literario. Es 1960, y mientras García Márquez asegura que "la literatura colombiana [...] ha sido un fraude a la nación",<sup>21</sup> él, por su parte, no duda en calificar a su país como una "tierra de copleros y serenateros [...] un país cerrado para la poesía moderna".<sup>22</sup>

---

17    García Márquez, "Colombia: al fin hablan los votos", *op. cit.*, pág 595.

18    Jacques Gilard, en García Márquez, *op. cit.*, prólogo, p. 57

19    Gonzalo Arango, "Manifiesto al Congreso de Escribanos Católicos", *op. cit.*, p. 28.

20    Gonzalo Arango, "Manifiesto al Congreso de Escribanos Católicos", *op. cit.*, p. 28.

21    Gabriel García Márquez, "La literatura colombiana, un fraude a la nación", *op. cit.*, pp. 787-793. Para él, la historia de esta literatura, desde tiempos de la Colonia, se reducía a "tres o cuatro aciertos individuales, a través de una maraña de falsos prestigios". Agregaba: "Seguimos nutriéndonos del sentimiento de superioridad que heredamos de nuestros antepasados por la versión a cinco idiomas de *María*, escrita hace 109 años, y por la versión a ocho idiomas, inclusive el chino, de *La Vorágine*, escrita hace 35. Es hora de decir que es absolutamente falso que el mundo esté pendiente de nuestra literatura. El poeta español Gerardo Diego decía alguna vez en privado: 'Los colombianos no han dado un grande escritor; y lo merecían, porque han trabajado mucho'. Acaso hayamos trabajado mucho, ciertamente, pero no por el camino acertado".

22    Cit. por Cobo Borda, *op. cit.*, p. 201.

La culpa: los prejuicios morales de la sociedad colombiana dominada por un catolicismo que, incluso, guiaba la producción artística,<sup>23</sup> ante los que Jaramillo Escobar respondió con una poesía rebelde e innovadora, menos reprimida por los valores religiosos, culturales y sociales. Si adhirió al nadaísmo, ha dicho, fue porque este movimiento “impuso un cambio en la sociedad colombiana. Se obtuvieron mayores libertades, entre ellas, las de utilizar las palabras que uno quiera y necesita”.<sup>24</sup>

Esta libertad lo llevó, como ya se ha mencionado, a una actitud iconoclasta en relación con un catolicismo que dominaba grandemente a la sociedad colombiana pero, también, a una mayor capacidad de expresión de otros temas que, aunque permeados por ese casi omnipresente y para muchos asfixiante entorno religioso, condujeron al poeta a explorar otros terrenos. Entre ellos, el de la violencia,<sup>25</sup> el del mundo adolescente en provincia, el de la sensualidad y, aunque emparentado con el anterior, uno muy en particular y con características de notar, el del universo homosexual.

Un ejemplo de esto último es el poema “El deseo”.

Aparecido en 1964 en *Panorama de la nueva poesía colombiana*, preparado por Fernando Arbeláez y publicado por el Ministerio Nacional de Educación, esta obra incluye el poema junto con tres poemas más de Jaime Jaramillo Escobar y una selección poética de otros dos representantes del nadaísmo: Jota Mario (Arbeláez) y Eduardo Escobar. Se trata, al parecer, de uno de los primeros reconocimientos oficiales al “último movimiento de importancia en la literatura colombiana, el Nadaísmo [...]. Al hacer la inclusión de este interesantísimo trabajo de los últimos años, el autor —señalaba Arbeláez— se complace en hacer un homenaje de admiración a los

---

23    Escribía Gabriel García Márquez en 1960: “la intervención clerical en los distintos frentes de la cultura ha hecho de la moral religiosa un factor de tergiversación estética”, *op. cit.*, p. 792.

24    Cit. por Cobo Borda, *op. cit.*, p. 201.

25    “Darío Vélez” (en Arbeláez, *op. cit.*, pp. 519-520) es un buen ejemplo de esto. El protagonista muere “en una alambrada de cuchillos [...] por una mujer”. Otro poema significativo es el que lleva por título, precisamente, “Poeta con revólver” ya citado.

jóvenes poetas y en reconocer que sin las voces de este grupo [...] no estaría completa esta visión de la nueva poesía colombiana".<sup>26</sup>

De Jaramillo Escobar —X-504, como aparece señalado en esta antología— se publica "Darío Vélez", "Diálogo de los intérpretes", un fragmento de "Diario de la fiebre" y "El deseo".

Si bien, ya en "Darío Vélez" e, incluso, en "Diario de la fiebre", hay ciertos indicios de una visión homosexual, es precisamente en este último poema donde es más claro lo anterior. No se trata, por lo demás, de una obra críptica. Su estilo es lineal y directo. Expresa, a grandes rasgos, la nostalgia que el poeta —la voz poética— siente por una persona amada que se encuentra lejos. El tono es triste melancólico y, también, en algunos momentos, de cierta esperanza. Escribe X-504:

Hoy tengo deseos de encontrarte en la calle  
y que nos sentemos en un café a hablar largamente  
de las cosas pequeñas de la vida,  
a recordar de cuando tú fuiste soldado  
o de cuando yo era joven y salíamos a recorrer juntos la ciudad,  
[y  
en las afueras, sobre la yerba, nos echábamos  
a mirar cómo el atardecer nos iba rodeando.

Esta persona amada, como se ve, fue soldado. Es decir, se trata de un hombre a quien la voz poética quiere —desea, lo dice el título— reencontrar.

Entonces escuchábamos nuestra sangre cautelosamente  
y nos estábamos callados.  
Luego emprendíamos el regreso y tú te despedías siempre  
[en la  
misma esquina  
con esa despreocupación que uno quisiera tener toda la vida  
pero que sólo se da en la juventud  
cuando se duerme tranquilo en cualquier parte sin un pan

---

26 Fernando Arbeláez, *op. cit.*, p. 24.

y se tienen creencias y confianzas  
así en el mundo como en uno mismo.

“Entonces escuchábamos nuestra sangre cautelosamente”,  
informa el poeta. Hay aquí ya una primera alusión sensual. La sangre,  
que es flujo de vida, también lo es de pasión y de deseo. De sexo. Un  
flujo que la voz narrativa, al igual que su acompañante, el soldado,  
escuchan con cautela porque es algo que no se puede expresar  
abiertamente. Por eso, aunque la cercanía física y el entorno—tirados  
en la yerba contemplando el atardecer— lo ameriten, optan por mejor  
callar —por no ceder a la tentación, acaso ya no de hacerlo sino de  
decirlo— y emprender el camino de regreso.

Y quiero además aún hablarte,  
pues tú tienes dieciocho años y podrías suscitar mi tristeza,  
y algo más, algo más...

La necesidad—el deseo, precisamente, en una primera instan-  
cia— de reencontrarlo, lo lleva a imaginar lo que podría suceder entre  
los dos. Acaso la tristeza por lo que no puede ser o, por el contrario,  
la muy acariciada sensación —bellamente velada por el poeta— que  
se expresa con ese “algo más, algo más...”, traducido más como una  
esperanza y, por lo mismo, como algo positivo, de que —tal vez— ese  
escuchar mutuo de la sangre no quede ahora, como antes, en el  
silencio.

Hasta podríamos divertirnos esta noche con cerveza y música,  
y después yo seguir viviendo como si nada...  
o asistir a la oficina y trabajar diez o doce horas  
mientras la muerte me espera en el guardarropa para ponerme  
mi abrigo negro a la salida  
yo buscando la puerta de emergencia  
la escalera de incendios que conduce al infierno, todas las

[salidas  
custodiadas por desconocidos.

Aquí el poema cambia, pues, luego de ser casi festivo ("Hasta podríamos divertirnos esta noche con cerveza y música"), se pasa a la realidad de una situación que, por vedada e imposible, no puede ser. Porque aunque el deseo —ese "algo más, algo más"— triunfe, no hay opciones. Sería "seguir viviendo como si nada", en oposición a "como si algo". Ante esta perspectiva, la idea del suicidio surge. Una alternativa que es no sólo para esta situación, en particular, sino para la condición del poeta, en general. Coquetea, por eso, con la posibilidad de la muerte que lo espera en el guardarropa para "ponerme" —no "ponerle", lo que implicaría que la muerte lo llamó y no al contrario— su "abrigo negro a la salida". Una salida, que aunque no se diga, es obvia: la del autoaniquilamiento, la de "la puerta de emergencia", esa "escalera de incendios que conduce al infierno". Otra referencia al catolicismo. La iglesia católica que, al sancionar el suicidio, es más que clara: los suicidas no van al cielo sino que se pudren en los abismos infernales. No hay salvación por ningún lado ("todas las salidas custodiadas por desconocidos") y, ni siquiera, el consuelo de la existencia del soldado le sirve: "Pero hoy no podré encontrarte porque tú vives en otra ciudad".

No queda, ante esta circunstancia sino la resignación, la soledad y el recuerdo de lo que fue y pudo haber sido:

Mientras la tarde transcurre  
evocaré el muro en cuya saliente nos sentábamos  
a decir las últimas palabras cada noche  
o cuando fuimos a un espectáculo de lucha libre y al salir  
[comprendí  
que te amaba,  
y en fin, tantas otras cosas que suceden...

"Comprendí que te amaba". No sólo amistad sino amor. Algo que se reconoce de manera clara y abierta y que, para no dejar lugar a dudas, se dice al final del poema. Sin embargo, hay misterio. El poeta, escritor inteligente, da un paso adelante cuando confiesa su amor, pero también juega con la incertidumbre: la imagen del muro, por antonomasia refugio de novios y amantes y, sobre todo, ese "tantas otras cosas que suceden". ¿Qué cosas? No se sabe. Se ha

entrecerrado, por así decirlo, la puerta de la recámara, se ha apagado la luz, se ha dado punto final al último verso del poema y la intimidad —no necesariamente sexual— permanece tan sólo para regocijo de los protagonistas. En este caso, el soldado de dieciocho años y quien desea reencontrarlo son hombres (hay algunas claves: la cerveza, la lucha libre, el propio género del autor). Dos presencias masculinas, entonces, en un poema de amor. ¿Es “El deseo”, en este sentido, un poema homosexual? ¿Bastan los elementos dados en el mismo para considerarlo de tal manera? A estos elementos habría que añadir dos más, por completo extra-poéticos: la dedicatoria: “A José Ejalil” y el epígrafe de Jack Kerouac: “Sentí de pronto deseo de escribir a Warren Coughlin, quien estaba muy metido en mis pensamientos”.<sup>27</sup>

A la primera pregunta, sin embargo, habría que oponer otras, mucho más pertinentes: ¿un poema debe etiquetarse como homosexual? ¿La condición de homosexual le quita o le agrega calidad al poema? La respuesta, en ambos casos, debería ser no. Lo etiqueto, sin embargo, como tal, no desde una perspectiva apologética o de rechazo, sino como una oportunidad de señalar uno de los rasgos más sobresalientes del nadaísmo: su voluntad de cambio y de apertura sociales. Una voluntad que, aunque escudada en algunos casos en lo

---

27 Warren Coughlin, por cierto, es el pseudónimo del poeta sanfrancisqueño Phil Whalen, uno de los “lunáticos Zen” que aparecen en *The Dharma Bums* (1958), la novela budista de Kerouac. Ver Ann Charters, *Kerouac, a Biography*, San Francisco: Straight Arrow Books, 1973, p. 419; Barry Gifford & Lawrence Lee, *Jack's Book*, New York: St. Martin Press, 1978, p. 339, y Tim Hunt, *Kerouac's Crooked Road*, Connecticut: Archon Books, 1981, p. 262. Phil Whalen aparece también como personaje en *Big Sur* (1962), bajo el pseudónimo de “Ben Fagin”. Kerouac, quien además de ser considerado como “the Drunken King of the Beats” (Charters, 324), también fue conocido por sus relaciones lo mismo hétero que homosexuales. Gore Vidal recuerda lo siguiente: “Entonces Jack decidió que era hora de que él y yo fuéramos juntos a la cama [...] terminamos en el hotel Chelsea” (Gifford, 182). Es de notar cómo —al igual que muchos de los nadaístas— Kerouac tuvo una fuerte formación religiosa, muy influenciada por la singular presencia que en su vida tuvo su madre. En *Pic*, una novela que escribió en 1969, el año de su muerte, publicada en 1971, Kerouac cambió, a sugerencia de ella, el final de esta obra. Así, en lugar de que el protagonista —el Pic del título— continuara su camino en compañía de dos experimentados viajeros, es “un sacerdote el que salva al muchacho de una vida perdida en el Camino” (Hunt, 101).

efímero de ciertas actitudes y protestas, permitió también la aparición de escritores que, como Jaime Jaramillo Escobar, se enfrentaron con una voz y una actitud literaria diferente y más duradera a esa sociedad colombiana que no estaban dispuestos a adorar<sup>28</sup> sino, más bien, a ofender. El título de su primer libro, *Los poemas de la ofensa*, es más que significativo. Una ofensa que se expresaría en contra de la moral establecida, para mostrar —otra vez Gonzalo Arango— “que todo eso perfumado que llamaba valores, no era más que un montón de mierda”.<sup>29</sup> No hay que olvidar, en todo caso, que se trata de una época de cambio. La psicodelia, la crisis de los misiles, Cuba, el primer hombre en órbita, las drogas, la liberación sexual y, sobre todo, la rebeldía juvenil que en otras partes del mundo se respiraba y que los nadaístas, a su manera, también vivieron y escribieron. Hombre, a final de cuentas, de su tiempo, Jaramillo Escobar contribuyó a esa rebeldía y a ese cambio. Lo hizo desde su propia circunstancia y perspectiva. Su credo: “decir todo lo que le dé la gana, que para eso es poeta”.<sup>30</sup> Una actitud que lo llevó, en su poesía, a abordar temas que de otra manera estarían vedados. Poeta de la ofensa, se atrevió a hablar de la fiebre, de la carne, la sensualidad, la tentación y el deseo. Lo hizo desde una postura iconoclasta en que, paradójicamente, es fácil detectar su formación e influencia católicas. Sus temas, en un sentido, son religiosos. La Biblia, los evangelios apócrifos, los dogmas del catolicismo, en los que él creció y se nutrió, contra los que había que luchar, pues eran éstos lo que no permitían ser algo esencial: uno mismo. Siempre ese otro yo, impuesto y reprimido, contra ese otro yo, el verdadero y liberado, al que le dice:

Ciertamente, yo no quisiera mirarte como enemigo,  
a pesar de todo,

- 
- 28 Le reprocha X-504 a Gonzalo Arango, en lo que fue una de las discrepancias del grupo de Cali con el fundador del nadaísmo: “De un momento te has puesto a adorar la sociedad. Seguramente esperas que te den algo. Pero te equivocas. Si eres un verdadero artista la sociedad no tiene nada que darte”. (“Tarjeta de luto a Gonzalo Arango”, en *El Espectador*, Bogotá, 13 de enero de 1963. Cit. por Armando Romero, *op. cit.*, p. 61.
- 29 “Manifiesto Nadaísta al Homo Sapiens”; cit. por Armando Romero, *op. cit.*, p. 64.
- 30 En “Perorata”, cit. por Cobo Borda, *op. cit.*, p. 229.

y hasta me gustaría compartir tus brutales fiestas  
y tu peligrosa sexualidad.<sup>31</sup>

Es el de la "sexualidad peligrosa" y, por lo mismo, solitario e  
incomprendido quien no sin desconsuelo se lamenta:

De modo que no es extraño que andemos como  
unos cristos abofeteados en busca de una cruz  
para apoyarnos.<sup>32</sup>

Es ese otro yo que busca un refugio—una cruz— para apoyarse  
y, el que busca, en su "Ruego a Nzamé", volver a Angbala para  
obtener la paz:

quedarme el día entero debajo de una palma,  
y olvidarme de todo a la orilla del agua.

Es otro yo, en ese mismo poema, que se solaza en la otredad —  
en un hermoso verso—: "una palabra que me sirva para volverme  
negro",<sup>33</sup> y ese otro yo, que aunque se niega —o mejor dicho, lo  
niegan— sabe ceder ante la tentación:

Si el lobo os alcanza y os devora saboread al lobo pero no  
[huyáis.  
Que vuestro placer de ser comidos sea más grande que el del  
[lobo.<sup>34</sup>

Es aceptación, en todo caso, del deseo. Del placer —sexual,  
homosexual— sin sentimientos de culpa. Sin el infierno de todos tan  
temido. Sin el peso del escarnio por esa "rebelión de la materia" que  
es el cuerpo. Un cuerpo que "se avolcana, se incendia, impone  
hermosura". Hermosura, sí, y también divertimento. No el concepto

---

31 "Poeta con revólver", *Los poemas de la ofensa*, p. 33.

32 "Problemas de la estética contemporánea", *Los poemas de la ofensa*, p. 39.

33 "Ruego a Nzamé", *Los poemas de la ofensa*, p. 43.

34 Jaime Jaramillo Escobar, en Cobo Borda, *op. cit.*, p. 214.

de castidad o de pecado, perdón y arrepentimiento, sino el de quien habla por sí mismo, validando su propia conducta, orientación e identidad,<sup>36</sup> pero, a través de esa voz, también habla por otros. El discurso, en última instancia, no es únicamente homosexual. Es humano. A Jaramillo Escobar le interesa el otro. Su lector. Ha dicho: "escribo para toda la gente, y me preocupa que la poesía sea útil, lo que significa que se refiere a los problemas de la gente. La poesía debe volver a ganar el respeto y esto se logra preocupándose por los demás".<sup>37</sup>

Sus poemas, si bien dan cuenta de ese otro yo, no se agotan en un yo único sino en un yo que puede ser uno y, a la vez, todos. El cuerpo, a final de cuentas, es el de un hombre o el de una mujer, y también la fiebre, el placer, el erotismo. Poeta cuidadoso, su obra no trasuda lo evidente sino lo íntimo. No la puerta cerrada sino entrea-bierta. Una poesía, la suya, que no cree en dogmas sino en el cuestionamiento, porque "todo puede ser probado de una manera y también de la manera contraria".<sup>38</sup> Irreverente y loco, ofensivo e iconoclasta, ése es su legado. Una poesía que se quiere útil. Desmitificadora. Cuestionadora. De liberación personal, sexual. Por supuesto, viva. Un escritor que, hijo del nadaísmo, no se quedó tan sólo en la cachetada para despertar no en la fiesta efímera de las letras de corto alcance, sino que supo hablar de ese "algo más, algo más", que le ha dado forma y sentido a su poesía.

University of Washington

---

35 "El cuerpo", *Los poemas de la ofensa*, pp. 45-46.

36 "La homosexualidad comenzó a hablar en su propio beneficio —ha dicho Foucault— para demandar que su legitimización como algo 'natural' sea reconocida". Cit. por David William Foster, *Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing*, Austin: University of Texas Press, 1991, p. 140.

37 Cit. por Cobo Borda, *op. cit.*, p. 218.

38 "Diálogo de los intérpretes", en Fernando Arbeláez, *op. cit.*, p. 520.